

Kennedy, Paul. **The Rise and Fall of the Great Powers**, Londres, Hynman, 1987, 680 pp.

Esta obra, ciertamente imprescindible para el estudioso de la política mundial de los últimos seis siglos, no sólo debe ser vista como libro de consulta. Creo que vale la pena explorar su método de trabajo.

Es bastante claro desde el capítulo I que su análisis privilegia el paradigma del desarrollo científico-técnico y la modernización en general como la base del complejo de factores que determinan el auge de naciones y civilizaciones enteras. Del mismo modo, la fragilidad, inexistencia o deterioro en estos desarrollos serían la causa primordial de la decadencia, según podemos apreciar en el conjunto de la obra. Este historiador maneja otras variables que interactúan, como lo hace explícito, con aquella. Es el caso del desarrollo de las fuerzas productivas, que adopta formas múltiples como los diversos medios de transportación por mar que dinamizarán el comercio, pero también la piratería en culturas menos desarrolladas; más adelante dichas fuerzas productivas son también fuerzas destructivas contenidas en las armas de todo tipo, que suelen influir hasta determinar el rumbo de civilizaciones enteras, sólo hasta cierto límite.

Al respecto, es por demás elocuente lo dicho por Paul Ken-

nedy en el último Capítulo titulado "To the the 21st Century": ". . . Nada es más dependiente de las condiciones económicas que el ejército y la armada. Tan cierto era para un príncipe del Renacimiento como para el Pentágono actualmente, que el poder militar descansa en suministros adecuados de fondos que son a su vez generados en una base productiva, unas finanzas sanas y una tecnología superior. . ." Con lo que confirma y enriquece su propuesta metodológica dada en el primer Capítulo: en la evolución "del Imperio Otomano había involucrada una dinámica impulsada sobre todo por los adelantos económicos y tecnológicos, aunque interactuaba siempre con otras variables como la estructura social, la geografía y el accidente ocasional. Para comprender el curso de la política mundial es siempre necesario centrar la atención en los elementos materiales y a largo plazo más que en las vaguedades (. . .) el poder es una cosa relativa que sólo puede describirse y medirse mediante comparaciones frecuentes entre diversos Estados y sociedades" (p. 45). Quiere decir que no desdeña el método de establecer analogías para la construcción de sus objetos de estudio.

Es pertinente advertir que entre las múltiples variables que maneja al pasar revista al acontecer material de los imperios Chino, Otomano, Sacro Imperio Romano de Oc-

cidente, el Austrohúngaro y el Británico, aparece claro que no partió de la consideración de una estructura social en donde las interrelaciones entre componentes de ella —a escala de las naciones— desempeñe un rol en el movimiento histórico del que se ocupa y que le hubiera permitido analizar contradicciones entre clases, estamentos, etcétera.

Pero ciertamente están implícitas cuando dice: "las grandes rupturas desde el tiempo del renacimiento y en adelante, sólo nos dicen que a través de las ciencias exactas y durante el iluminismo y la Revolución Industrial, la dinámica del cambio sería mucho más poderosa y autosostenida." (p. 439).

A lo largo del estudio de varios imperios, desde el Ming, se destaca nítida la dinámica económico-tecnológica, con mayor o menor influencia según los objetos en que se traduce ésta: embarcaciones militares, cañones, diversas construcciones, y cada vez más tecnologías industriales y de servicios, medios de transportación y de comercio. Parece ser aquella la determinante en última instancia de la hegemonía o la fragilidad del Imperio en cuestión en cada caso examinado.

Ello nos revela que reconoce en todas las épocas lo que el Marx de la *Crítica a la Economía Política*, a mediados del siglo pasado, define como el contenido del desarrollo histórico-social: el desarrollo de las

fuerzas productivas materiales.

Y casi nos atreveríamos a señalar que su énfasis en la generación de desigualdad —a partir de esa dinámica del cambio— no difiere mucho de la ley del desarrollo desigual establecida por Lenin, quien la definía como propia del capitalismo, la formación histórico-social en que la ciencia y la técnica han hallado el máximo desarrollo.

Respecto al Estado su concepción es por demás instrumental.

"Los objetivos que demandan si no todos los cuerpos gubernamentales del mundo, los que se orientan hacia el siglo XXI, es uno triple: simultáneamente proveer seguridad militar (o alguna seguridad) para sus intereses "nacionales y satisfacer las necesidades socioeconómicas de la ciudadanía, así como garantizar crecimiento sostenido. Siendo esencial éste último, tanto para los propósitos positivos de proporcionar los requeridos cañones y mantequilla del presente, como los negativos de evitar la declinación económica que podría lesionar la seguridad militar del pueblo tanto como su seguridad económica futura". "Todo ello —dice Kennedy— es una tarea muy difícil dada la desigualdad en el ritmo del cambio tecnológico y comercial y la impredecible fluctuación de la política internacional" (p. 446).

Este autor ha sido criticado en México al tomar partido por el

mundo industrializado, lo cual él mismo confirma en la Introducción y lo justifica; no intentó analizar desde la perspectiva del Sur.

Evidentemente todo empieza cuando no clasifica la sociedad en clases sino en potencias y los demás: las civilizaciones. Es un observador que se coloca arriba de todo, como un dios; ya el literato español Del Valle Inclán en su momento señaló que hay tres modos de ver el mundo: a) como un suplicante, desde abajo, postrado, b) como un combatiente: de frente, c) como un dios: desde arriba. Para Paul Kennedy, ese todo que observa desde arriba, él mismo lo confiesa, es el de las grandes potencias pasadas, actuales o futuras: China por ejemplo. En ese discurso no puede dejar de advertir la dinámica que lleva al desarrollo económico, otorgando —como lo hizo en su momento el marxista y Premio Nobel inglés, John D. Bernal— toda su importancia a la ciencia y la técnica como exponentes del mismo para todos los tiempos, especialmente desde el iluminismo francés.

Este autor no se refiere a la crisis, y tal vez no se equivoca al dejar implícito que el cambio científico-tecnológico, siendo generador de una desigualdad proporcional a su ritmo y aceleración, es la génesis de la misma. Pero no hay que olvidar que desde el primer Capítulo el desarrollo de la tecnología militar ocupa en su discurso un lugar muy importante en la considera-

ción de los auges duraderos de diversas civilizaciones. Así, en la edición en español dice: “Tanto en el campo económico general como en el área específica de la tecnología militar, una Europa —propulsada por un floreciente comercio armamentista— se puso decisivamente a la cabeza de otras civilizaciones y de otros centros de poder.” (p. 52).

He aquí la estrecha relación entre geoeconomía y geopolítica, en donde es claro que la primera es el contenido que imparte dinamismo a la segunda; una forma inevitable de la geoeconomía es el poder político expansivo. Aunque estas categorías no dejan de interactuar, como señaló en su momento el materialismo dialéctico.

También es posible apreciar la observación de la modernización armamentista como el medio para prevalecer y dominar en todas las civilizaciones; es una señal de objetividad el definir el comercio exterior en general y el de armas en particular como fuentes de poder. Por otra parte, destaca la innovación tecnológica en general y “el poder descentralizado que favorecería la iniciativa personal”, lo que puede ser también una apología al neoliberalismo, y la competencia personal y nacional; los que estamos viendo en los hechos que se combinan con una crisis provocada no sólo por la tercera revolución

científica técnica, sino por el efecto acumulado de las dos anteriores: “El aspecto más luminoso de esta creciente rivalidad comercial y colonial, fue el aumento paralelo del conocimiento científico y tecnológico. Sin duda, muchos de los progresos de la época fueron un efecto secundario de la carrera armamentista y de la lucha por el comercio transoceánico pero sus beneficios a largo plazo trascendieron su origen poco glorioso”, señala Kennedy. En resumen, para este autor las revoluciones tecnocientíficas han sido un factor de “multiplicación de las actividades econó-

micas, beneficiando no sólo a la industria, sino a toda la economía incluyendo la educación, la cultura y la agricultura”; con lo que se identifica con las tesis del *spin off* que se genera con el incremento en las tasas de producción de armamentos. Ello daría la razón a sus críticos quienes lo consideran un historiador eurocéntrico. Pero más bien creemos que es un apologista de la modernización económica, pese a haber reconocido que la misma conduce a una creciente desigualdad económica y social.

MARGOT SOTOMAYOR VALENCIA.